

HOLLY GEORGE-WARREN

# JANIS JOPLIN



LA BIOGRAFÍA DEFINITIVA  
DE LA LEGENDARIA REINA DEL ROCK

LIBROS CÚPULA

**HOLLY GEORGE-WARREN**

# **JANIS JOPLIN**

**LA BIOGRAFÍA  
DEFINITIVA  
DE LA LEGENDARIA  
REINA DEL ROCK**

Traducción de Rocío Valero

**LIBROS CÚPULA**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Holly George-Warren, 2019

© de la traducción: Rocío Valero, 2020

© de la fotografía de cubierta: Shutterstock

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: septiembre de 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2743-8

Depósito legal: B. 4.874-2020

Impresor: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## SUMARIO

Introducción	9
Sangre de pioneros	15
El chicozo	29
Adrenalina	43
«Beat Weeds»	57
«Jodida a los dieciocho»	75
La pendenciera	93
Waller Creek Boy	101
Cantante de blues	121
Enganchada a la meta y la Estafa de las Noches de los Sábados	137
Universitaria en Texas	153
La chica de Big Brother	179
«El ídolo de mi generación»	205
«La primera pin-up de Haight-Ashbury»	227
A las puertas	263
«Nace estrella del rock en la Segunda Avenida»	287
Kozmic Blues	319
Pearl	355

Agradecimientos	399
Notas	407
Bibliografía	455
Índice onomástico	461

# CAPÍTULO 1

## SANGRE DE PIONEROS

«No escribas sobre lo que haces; escribe sobre lo que piensas.»

SETH JOPLIN

Janis Joplin provenía de una larga estirpe de aventureros: peregrinos de los siglos xvii y xviii, pioneros, predicadores, soldados de la Guerra de Independencia y de la Guerra de Secesión, labradores, vaqueros, rancheros, granjeros. Sus familias paterna y materna habían formado parte de la primera oleada de inmigrantes que habían desembarcado en Nueva Inglaterra y Virginia procedentes de Inglaterra, Escocia y Suecia. Algunas ramas de la familia habían sobrevivido a naufragios, secuestros cometidos por los indios en la guerra franco-india, a travesías del continente en carreta.

«Yo tengo sangre de pioneros», presumía Janis ante los amigos que se preocupaban por su consumo de drogas y alcohol. Quizá estuviera pensando en aquella bisabuela a la que la hermana de Janis, Laura, describió años después en su libro autobiográfico *Love, Janis*: «Una pionera dura, de cuerpo recio y corazón fuerte, que cruzó la frontera siguiendo sus convicciones y la fe depositada en su marido». Si Janis se hubiera parado a observar más detenidamente, quizá también habría encontrado en sus ancestros el origen de su espíritu inquieto y de su ambición.

Sus padres se conocieron en una cita a ciegas. En diciembre de 1932, en plena Gran Depresión, una joven universitaria de diecinueve años llamada Dorothy East se citó con Seth Joplin, un chico de veintidós que había abandonado los estudios de ingeniería, en Amarillo, Texas, la ciudad natal de ambos. Dorothy y Seth, como sus míseros antepasados, ansiaban conquistar terreno inexplorado: la clase media norteamericana. Esperaban así ganarse la vida con sus mentes y no con sus manos y legar a sus hijos, cada uno a su muy distinta manera, su deseo de mejorar su condición.

La infancia de Dorothy East, la mayor de cuatro hermanos, había estado marcada por el trauma del turbulento matrimonio de sus padres, una tensa relación que había empezado en un pueblecito de las llanuras de Nebraska llamado Clay Center. Afincados como rancheros en el recién nacido estado de Oklahoma, Cecil y Laura Hanson East habían tenido una hija, Dorothy Bonita, el 13 de febrero de 1913. Pero Laura echaba de menos a su familia, un extenso clan de agricultores de Nebraska, y había insistido en volver a Clay Center, donde Cecil había montado una granja porcina en 1920. Las enfermedades acabaron con el ganado y los East se fueron a la ruina. Instalados en casa de los Hanson, Laura redescubrió su credo fundamentalista cristiano. Cecil se marchó solo a Amarillo, una emergente ciudad del oeste de Texas, y se convirtió en un agente inmobiliario mujeriego y bebedor. Los East se reunieron de nuevo en Amarillo cuando Dorothy estaba cursando el último año de sus estudios secundarios. Pero el matrimonio ya estaba roto.

Décadas después, Dorothy no había olvidado la «horrible violencia verbal» y las violentas discusiones de sus padres, y como su madre, furiosa, a veces intentaba regresar a Nebraska en autostop, sin llevarse a Dorothy ni a sus hermanos pequeños, Gerald, Barbara y Mildred. Mientras Dorothy cuidaba de los niños, Cecil se ponía al volante, salía en busca de su esposa y la traía de vuelta al hogar. En Amarillo corrían rumores sobre los problemas conyugales de la pareja y sobre las correrías de Cecil. Dorothy, abochornada, se juró que el suyo sería un matrimonio bien avenido, que nunca daría lugar a habladurías de pueblo.

Se refugiaba en la música. Había empezado a cantar en la iglesia cuando era una niña, y según todos los testimonios, tenía una hermosa voz. En Amarillo entró en el Club Lírico de su escuela y participó en espectáculos de ópera cómica. En su crítica de la opereta *Once in a Blue Moon*, el periódico *Amarillo Globe-News* destacó el trabajo de Dorothy. «En el papel de la Dama Luna, Dorothy East se hizo digna de los elogios que llovieron sobre ella durante y después de sus pasajes. Hizo gala de un aplomo fantástico.» Dorothy cantó en bodas, en actos de la organización cívica Lions Club y en espectáculos musicales del lugar. «Siempre hacía la primera voz —les contó a sus hijos años después—. Tenía muy buenos pulmones y el tono exacto. En ese auditorio tan grande, daba agudos y graves que llegaban hasta la última fila. Pero yo no me envanecí. No me creía la mejor del pueblo.» Sí deseaba, en cambio, cantar profesionalmente. Su padre apoyaba sus aspiraciones musicales, pero no su madre, a quien una enfermedad de la infancia le había arrebatado la mayor parte de su capacidad auditiva.

En 1931, después de una actuación en el Lions Club, el periódico local señaló que «a juzgar por los aplausos, [Dorothy] causó sensación», y que ya la llamaban «la nueva Marion Talley», la adolescente soprano de coloratura que había conseguido saltar de Kansas City, Missouri, a la Metropolitan Opera de Nueva York. Hasta que por fin, según contó Dorothy más tarde, «un productor de Nueva York me llevó a un lado y me dijo: “Si quieres ir a Nueva York, yo puedo meterte en un espectáculo sin ningún problema”». Laura East acabó disuadiendo a su hija. Según Dorothy, le aconsejó que estudiara en una «escuela de comercio, porque allí podrás aprender un oficio... Tienes que ganar la vida». El cazatalentos reconoció que el mundo del espectáculo era duro, y que los cómicos no eran «gente como tú».

La idea de marcharse a Nueva York exacerbó el miedo de Dorothy a perpetuar el ciclo de caos que caracterizaba la vida de sus padres: sería una vida itinerante e insegura, que incluso podía empañar su reputación. Y Dorothy quería tener las cosas bajo control. Lo que hizo fue dar a su talento vocal una salida responsable y



tradicional: solicitó y obtuvo una beca para estudiar música en la Universidad Cristiana de Texas, tal como le había recomendado su pastor.

Fue durante las vacaciones de Navidad que pasó en casa de sus padres en su primer año de estudios universitarios cuando Dorothy conoció a Seth, el hijo de Seeb Joplin, un encargado de explotación ganadera, exvaquero y sheriff que se había criado en un rancho del oeste de Texas, el mayor de once hijos. El abuelo de Seeb, Benjamin Jopling, había ayudado a construir el primer Fort Worth de la Caballería norteamericana, uno de los puestos avanzados que se habían levantado después de la Guerra de Estados Unidos-México. La madre de Seth, Florence Porter Joplin, llevaba una casa de huéspedes en las afueras de Amarillo. Texana de origen, como su marido, Seeb, Florence era la menor de trece hermanos, y su padre, Robert Porter, había trabajado como agente de compras para la Confederación. La primogénita de Seeb y Florence se llamaba Margaret. La seguía Seth Ward Joplin, nacido el 19 de mayo de 1910. Margaret estudiaba en un internado y Seth vivía solo, apartado de los inquilinos que trabajaban en los pozos de petróleo, en una cabaña de una sola habitación que se encontraba situada detrás de la casa de huéspedes. El solitario Seth vivía una vida austera, entregada a los libros. Frecuentó el Texas A&M College (Universidad de Ciencias Mecánicas y Agrícolas de Texas) durante dos años y a continuación pasó a la Universidad de Alabama para estudiar ingeniería mecánica. Sin apenas dinero ni ayuda de su padre, que había dejado de estudiar a los trece años, Seth abandonó la universidad cuando solo le quedaban algunos créditos para graduarse. Volvió a Amarillo. Cuando Dorothy lo conoció, Seth vivía con sus padres en la casa de huéspedes y trabajaba en una gasolinera.

Seth y Dorothy formaban una pareja deslumbrante: el chico guapo de los profundos y reflexivos ojos azules y la joven universitaria de ojos verdes, vivaz y atractiva. Pero también eran polos opuestos: él era un aspirante a intelectual introvertido y taciturno que gustaba de una velada tranquila hablando de literatura y filosofía; ella, una *flapper*, una joven moderna de la época, extrover-

tida y aficionada a tocar el piano, a cantar y a bailar hasta el amanecer. Dorothy era una fiel seguidora de la fe cristiana de su madre. Seth era ateo declarado. En los buenos momentos, se podía decir que ambos se complementaban; en los malos, estaban, quizá, condenados al desencuentro. Compartían su pasión por la música, su aspiración a una vida mejor, su estoicismo y una voluntad feroz. Salvo el estoicismo, legaron todas estas cualidades a su hija.

Cuando Dorothy volvió a la universidad, la pareja empezó a cartearse. En la intimidad de aquellas misivas, Seth, en un gesto sorprendente en un hombre de aquella época y lugar, manifestó su deseo de conocer el alma de Dorothy. Recordaba Dorothy, no sin sorpresa: «En una carta me decía: “No escribas sobre lo que haces; escribe sobre lo que piensas”. Me sorprendió bastante, porque hasta entonces yo solo me había escrito con mis padres, y ellos vaya si querían saber lo que hacía». Esta curiosidad sobre la vida de la mente, así como el talento para el lenguaje escrito y la expresión epistolar, también iban a aflorar en la hija primogénita de la pareja.

Después de las vacaciones de verano de 1933, Dorothy decidió no volver a la universidad. Albergando aún, quizá, la esperanza de dedicarse al espectáculo, empezó a colaborar con la KGNC, la emisora de radio de Amarillo, pero no tardaron en despedirla por soltar una palabra malsonante ante un micrófono abierto: «No entiendo este maldito chisme». Mejor suerte corrió en una tienda de la cadena Montgomery Ward, donde, tras empezar como refuerzo temporal de verano, su olfato comercial le valió un ascenso a jefa del departamento de créditos. Siempre bien arreglada y pendiente de las últimas tendencias, pese a sus limitados recursos económicos, Dorothy diseñaba y cosía bonitos vestidos para su propio vestuario y escogía elegantes sombreros que combinaban con su oscura melena ondulante. Volcó toda su creatividad en la costura, un pasatiempo y un talento que iba a cultivar durante el resto de su vida.

A Seth no le gustaba salir a bailar por las noches, pero sí el alcohol y fumar cánnabis de tanto en tanto, una actividad que fue

legal en el estado de Texas hasta 1937. Durante la Ley Seca aprendió a hacer cerveza y ginebra artesanal, brebajes que a veces compartía con el padre de Dorothy, Cecil, para disgusto de la esposa de este, Laura, que era abstemia. Respecto a los vicios de Dorothy, empezó a fumar en un momento de la historia en el que los anuncios vendían el tabaco a las mujeres como si fuera una «antorcha de libertad».

En 1935, la ciudad de Amarillo, situada en pleno secarral de la punta noroeste de Texas, tenía una tasa de desempleo del 25 por ciento. Un amigo de la universidad avisó a Seth de que la Texas Company (la empresa que más tarde pasó a llamarse Texaco) estaba buscando gente en Port Arthur, en el extremo suroriental del estado. Esta ciudad subtropical de la costa del golfo de México contaba con la mayor red de refinerías de petróleo del mundo, un inmenso polígono erizado de chimeneas que escupían ardientes penachos de restos químicos. En medio de esta próspera actividad industrial, la Gran Depresión parecía no existir. Seth, pues, tomó sus pocas pertenencias y al volante de su coche recorrió los más de mil kilómetros que lo separaban de Port Arthur, una ciudad que aborreció por su humedad, sus mosquitos y sus gases industriales. Pero el amigo que le había aconsejado estaba en lo cierto: esta emergente urbe y su mayor generador de empleo, la Texas Company, ofrecía a hombres como Seth la oportunidad de ganar un sueldo digno y de trabajar bajo techo. Seth, de hecho, alcanzó una situación mejor que la de sus padres. Los responsables de la Texas Company, admirados por su inteligencia y sus conocimientos técnicos, le encomendaron la supervisión de la construcción de los contenedores metálicos que se utilizaban para el transporte internacional de petróleo. Nada indica que Seth disfrutara o se sintiera especialmente realizado con su trabajo, pero, sin duda, apreciaba la seguridad que ofrecía un cargo de responsabilidad para un hombre de su extracción. Y llegó a sentirse importante, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial, en la que su condición de único fabricante de contenedores de transporte de petróleo de Estados Unidos le permitió disfrutar de tres prórrogas para su incorporación a filas. Seth trabajó en la Texaco durante cuarenta años.

«Port Arthur es cien por cien petróleo»: así describía en 1932 un libro de geología una de las tres ciudades que componen el Triángulo de Oro, el canal artificial que unía Port Arthur con Beaumont (rodeada de yacimientos petrolíferos) y Orange (la ciudad de los astilleros Consolidated Steel). El 10 de enero de 1901, en Spindletop, seis kilómetros al sur de Beaumont y veinticuatro al norte de Port Arthur, fue el día en que por primera vez se descubrió petróleo en Texas. Aquel legendario pozo, según Lonny Taylor, cronista de la historia de Texas, «nacido rugiendo, sacudiendo el suelo que sostenía la torre de perforación y arrancando a la tierra lodo, luego piedra y por último seis toneladas de tuberías de diez centímetros de grosor, y arrojándolas al aire como si fueran pajitas de refresco». «Y entonces brotó un penacho de petróleo de cincuenta metros de alto; y durante nueve días, antes de que los operarios pudieran sellarlo, escupió cien mil barriles diarios. En Spindletop nació la industria del petróleo contemporánea. Y Texas —y el mundo— no volvió a ser el mismo.»

Pero Port Arthur data de una época anterior al descubrimiento de petróleo en el estado. La urbe había sido fundada y bautizada cinco años antes por el visionario Arthur Stilwell, un magnate de la industria ferroviaria que, hecho a sí mismo, había levantado la ciudad a lo largo del trazado de la línea de ferrocarril que acababa de tender desde Kansas City. Ciento cincuenta kilómetros al este de Houston y treinta más allá de Luisiana, Port Arthur se encontraba situada a orillas del lago Sabine. El excéntrico Stilwell escribió más tarde que las «corazonadas» que le habían llevado a elegir la ubicación de la ciudad procedían de unos duendes místicos o «consejeros espirituales» que le susurraban al oído mientras dormía. En 1898, Stilwell financió la laboriosa obra de construcción del canal de once kilómetros de largo que, inspirado en el de Suez (Egipto), había de conectar Port Arthur con el golfo de México. Construyó un silo y un puerto, en el que un buque británico se encargaba de transportar a Europa las mercancías que llegaban en tren desde el Medio Oeste.

Al año siguiente, sin embargo, quebró la empresa ferroviaria de Stilwell, la Kansas City, Pittsburg and Gulf Railroad Com-

pany, y el proceso de expansión de Port Arthur quedó en manos de John W. Gates, un astuto empresario de la época de bonanza de finales del siglo anterior que empezó financiando a Stilwell, pero que acabó expulsándolo de la sociedad que compartían. Gates era un magnate de la industria del alambre de espino cuyas propiedades fueron adquiridas más tarde por la firma siderúrgica U.S. Steel. Le llamaban «Bet-a-Million», «el Apuestamillones», un reflejo de su desmedida pasión por los juegos de azar. Algunos de sus envites más rentables fueron los fondos prestados a numerosos pozos de petróleo del entorno de Spindletop, la creación de la Texas Company y la adquisición de la Port Arthur Canal and Dock Company. Construyó una gran refinería y edificios públicos como el St. Mary Hospital y el Port Arthur College. Hasta su muerte, en 1911, Gates fue el principal benefactor de la ciudad.

Cuando llegó Seth, casi veinticinco años después, Port Arthur era una ciudad repleta de refinerías de petróleo, plantas químicas, astilleros y un canal y un puerto muy activos en el transporte de petróleo. Y con la afluencia de trabajadores de las refinerías del estado y de Luisiana —entre ellos, acadianos francófonos, o cajunes, así como afroamericanos y latinos—, la ciudad contaba ya cincuenta y un mil habitantes. Entre 1930 y 1935, los yacimientos petrolíferos del este de Texas «habían fraguado las grandes fortunas familiares del estado», cuenta Bryan Burrough en *The Big Rich*, su historia del petróleo de Texas. En la época en la que Seth se convirtió en empleado de la compañía, la Texas Company («la más intrépida y agresiva de las empresas») había «reorientado su actividad, desviando parte de su negocio de prospección hacia el refinado y el marketing».

Seth, al poco de firmar su contrato, envió a buscar a Dorothy, que no tardó en encontrar trabajo en el departamento de créditos de los grandes almacenes Sears-Roebuck de Port Arthur. La joven pareja empezaba a acercarse a su meta de formar un hogar, tener hijos e ingresar en la clase media. Seth y Dorothy se casaron el 20 de octubre de 1936, a los veintiséis y veintitrés años, respectivamente. Ningún miembro de la familia se desplazó al este para asistir a la boda. Cuando salían por la no-

che, los recién casados acudían a los ruidosos bares que puntuaban la autopista 90, al otro lado del río Sabine, en Vinton, Luisiana. Años después, Dorothy recordaba como bailaba sobre las mesas de los mismos locales donde más tarde su hija adolescente montaría tantos escándalos.

Los Joplin dedicaron los siete primeros años de su matrimonio a ahorrar afanosamente para el futuro. Un día de junio, seis meses después de que el ataque sorpresa a Pearl Harbor por parte de Japón catapultara a Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, Seth volvió a casa del trabajo y le dijo a Dorothy, según cuenta esta: «Vamos a hacer algo para la posteridad». Treinta y siete semanas después, a las nueve y media de la mañana del 19 de enero de 1943, en el St. Mary Hospital, nacía Janis Lyn Joplin. Adelantada en veintiún días, midió solo 45 centímetros y pesó 2,43 kilos. Pero estaba sana.

Después del parto, en el que no estuvo presente, el metódico Seth, que entonces contaba treinta y tres años, escribió personalmente a máquina una divertida nota a su esposa de veintinueve: «Recibe mi enhorabuena por el aniversario del cumplimiento de la cuota de producción prevista para los nueve meses que llegaron a su fin el 19 de enero de 1943. Soy consciente de que has sufrido un periodo de inflación como nunca antes y que, pese a ello, y gracias a un esfuerzo ímprobo por tu parte, has alcanzado tu objetivo en las primeras horas de la mañana del 19 de enero, con tres semanas de adelanto sobre la fecha prevista».

Los nuevos padres adoraban a su pequeña, y cada uno de cuyos hitos quedaba registrado por la cámara de Seth. Janis fue el centro de su mundo —ese protagonismo que ella siempre buscó— durante seis años. Hasta que apareció el segundo bebé. Hombre tímido por naturaleza, y con una visión pesimista de la vida, Seth, sin embargo, trató a su primogénita como al hijo varón que había deseado. Dorothy, que quería para su hija la vida perfecta y respetable que ella no había tenido en su niñez, se entregó por completo a la maternidad. Quería darle a su niña todas las oportunidades de alcanzar el éxito. Y la relajada personalidad del bebé les ayudaba a confiar en que iban a lograrlo.

Decía Dorothy que «nunca fue renegona, enojadiza ni problemática». Janis empezó a gatear a los seis meses y a ponerse de pie antes de cumplir el año. Se le iluminaban sus ojitos azules cuando su padre volvía a casa por las tardes; al empezar a andar, estableció el ritual de acudir a recibirle a la puerta de la casa. Después de la cena, Seth se sentaba en su sillón a leer un libro y escuchar a Bach y a Beethoven, y era todo tan bonito que a veces sus ojos se inundaban de lágrimas. Era muy distinto de otros padres de Port Arthur.

Janis, según dijo más tarde, consideraba a su padre «un intelectual inconfeso». Lo describía como «un lector, un orador, un pensador. Fue muy importante para mí, porque me hacía pensar. Por él yo soy como soy». Heredó de Seth su independencia de carácter, sin duda, pero, aunque pocas veces lo reconoció, en la misma medida era la hija de su madre. De Dorothy recibió la pasión por la moda, su afán de control y, por supuesto, una poderosa voz de cantante que ofrecía una vía de escape de una vida demasiado formal y restrictiva. Dorothy rechazó esa posibilidad, pero no Janis.

Cuatro años antes, aproximadamente, en 1939, los Joplin habían dado un paso importante hacia su meta de ingresar en la clase media: habían cambiado su piso de alquiler de la calle Seis, en el área comercial de la ciudad, por su primera vivienda en propiedad: una casa de ladrillo de dos dormitorios, situada en el número 4048 de Procter (la calle principal de Port Arthur) y más grande que la anterior, lo suficiente para que la madre y la hermana pequeña de Dorothy, Mildred, vivieran con ellos. Divorciado por fin el matrimonio East, Cecil se había mudado a Kansas City y había cortado el contacto con sus hijos. «Si hubiera podido elegir con cuál de los dos me mantenía en contacto, le habría escogido a él —dijo Dorothy años después, hablando de su despreocupado padre—. Pero... él se divorció de todos nosotros, tanto física como emocionalmente.» Laura y Mildred East vivieron con los Joplin durante siete años, hasta que Janis cumplió tres y la guerra llegó a su fin.

Dorothy, aún fiel seguidora de la fe de su madre, abrazó la evangélica Primera Iglesia Cristiana, una rama de la confesión a la que

había pertenecido la familia en Nebraska. En cuanto a Seth, Dorothy explicó que «no se había criado en una familia religiosa. Ese hombre no perteneció nunca a nada». El hijo menor de los Joplin, Michael, recordaba a «mi madre preguntándole a mi padre si quería ir a la iglesia. Él siempre se negó. Una vez le pregunté por qué, y lo que me vino a decir es que no creía en Dios. Creía en la espiritualidad, pero no en la religión organizada. No le gustaban los sermones». Los domingos, Seth se quedaba en casa mientras Dorothy y Janis —y más tarde, sus hermanos Laura y Michael— acudían al servicio religioso. Fuera de su casa, Seth nunca expresaba abiertamente su ateísmo, como tampoco hablaba de su pasión por la música clásica y la literatura. Entre la piadosa población de Port Arthur, ser un ateo «confeso» era exponerse a las críticas más severas, incluso al oprobio. Solo sus más allegados conocían y aceptaban, e incluso admiraban, las ideas de Seth. En ese pequeño grupo se encontraba su hija mayor, Janis.

Sin embargo, por insistencia de Dorothy, a sus diez años Janis recibió el bautismo por inmersión en la Primera Iglesia Cristiana de la calle Procter, a cuyos servicios religiosos acudió hasta que terminó el primer ciclo de sus estudios secundarios. (Treinta años después, en un armario de la iglesia se descubrió un *Jesús orando en Getsemaní*, un dibujo que había pintado Janis.) Janis, igual que su madre, empezó a cantar en el coro de la iglesia. Además, Dorothy daba clases a su hija en la catequesis del domingo. Seth no se opuso a nada de todo esto. Para la pequeña Janis, la dicotomía entre las creencias de sus padres y el respeto que estos se profesaban mutuamente formaba parte de la normalidad.

De niña, Janis mostraba una curiosidad tan inquieta como la de su padre. Según Dorothy, «todo le inspiraba curiosidad», y «si preguntaba algo, yo le contestaba sin rodeos, aunque me resultara violento. Creo que era hiperactiva, aunque yo no lo sabía. Pensaba que lo único que le pasaba era que le interesaba mucho todo lo que hacía. No sabía que eso se pudiera intentar controlar». En el dorso de una foto de una visita a la familia de Seth, que vivía en Amarillo, donde la revoltosa Janis podía correr en libertad, Dorothy había anotado que la niña se había lamentado así ante



sus padres: «Y ahora nos vamos a casa. Y entonces tendré que ser buena». En Port Arthur, las apariencias importaban: Dorothy, cada vez con más conciencia de clase, quería una hija burguesa y formal. Vestía a la pequeña Janis con pequeños monos y trajecitos de volantes de confección casera, y a veces guantes y sombrero, y muchos años después le enseñó a manejar aguja e hilo con habilidad.

Janis seguía a sus padres en su amor por la música. Dorothy adquirió un piano vertical de segunda mano y empezó a enseñar a Janis a tocar y a cantar cuando esta tenía cuatro años. Seth estaba orgulloso del talento de su mujer y al principio animó a su hija en sus esfuerzos musicales. Janis, recordaba Dorothy, «empezó a dar clases de piano para aprender las escalas y las claves. Encontré unos libros preciosos de canciones infantiles y así pudo aprender a cantar. Yo tocaba la nota fundamental al piano y ella cogía el tono. Mi experiencia con el canto me permitía ayudarla con el tono y dar bien una vocal o una consonante. Aprendió a cantar canciones tradicionales y empezó a cantarlas cuando se iba a dormir por las noches. Era delicioso». En una foto de Janis, Dorothy anotó lo siguiente: «Se arrulla cantándose canciones».

En un momento en que los Joplin parecían estar haciendo realidad sus sueños de seguridad económica, Dorothy sufrió un revés. Aún no había cumplido los treinta y cinco años cuando se le descubrió un tumor benigno en la glándula tiroides. Durante la operación, el médico le causó un daño irreparable en las cuerdas vocales... y la dejó sin voz para el canto. Al poco tiempo, Seth, un hombre apacible y distante, poco dado a expresar sus sentimientos, dijo que deberían regalar el piano. Afirmó que le enervaba oír como lo «aporreaba» Janis. Dorothy intentó explicarlo así: «Si había tenido un día duro en el trabajo, ya te puedes imaginar cómo le sentaba tanta escala. “No podemos quedarnos con el piano”, dijo un día. No hablamos mucho de ello, ni discutimos. Cuando uno tenía una opinión firme sobre algo, el otro cedía. Así que me deshice del piano. Fue terrible para mí».

A causa, quizá, de la ansiedad derivada de la hospitalización de su madre, y más tarde por la ausencia de música en casa, Janis

desarrolló sonambulismo. Una noche, Dorothy la encontró en la calle, en la acera. Parecía estar buscando algo. Cuando le preguntó: «¿Adónde vas?», Janis empezó a repetir: «Quiero irme a casa».

En los meses que siguieron, Dorothy sufrió dos abortos espontáneos y más tarde, el 15 de marzo de 1949, trajo al mundo a su segunda hija, Laurel Lee Joplin, Laura. Propensa a los cólicos, Laura lloraba continuamente y absorbía gran parte de la atención de su madre. Janis, a sus seis años, aprendió a valerse por sí misma, o bien acudía a su padre, que parecía reconocerse en su hija y que durante un tiempo siempre agradeció su compañía. Como si fuera un hijo, le acompañaba al barbero, quien después de ocuparse del cabello de Seth le cortaba el flequillo a la niña.

Ese mismo año, la familia decidió instalarse en un barrio mejor: «La señora que vivía en la casa de la izquierda estaba casada con un marino —recordó Dorothy—. Yo creo que no sabía una sola palabra normal de inglés. ¡Era lo más malhablado que había visto en mi vida! Y yo no quería que [mis hijos] aprendieran semejante lenguaje». Los Joplin, ascendiendo un nuevo peldaño en la escala social, compraron una casa más grande en Griffing Park, una nueva y arbolada circunscripción situada en el extrarradio más próximo de la ciudad. Ya eran burguesía residencial.

La casa de madera blanca del número 3130 de Lombardy Drive, bastante modesta para criterios actuales, contaba con un espacioso jardín en el que jugaba Janis. Seth se ocupaba del jardín posterior y Dorothy hacía pasteles hechos con nueces que recogía de los árboles de la finca. De inmediato, Janis hizo numerosos amigos entre los niños del barrio, con los que jugaba con brío en las instalaciones infantiles que había montado Seth, y organizaba obras de teatro y espectáculos de marionetas en un teatro que también había construido su padre. Seth fotografiaba con frecuencia a Janis desde que esta era un bebé, y ahora retrataba a las dos hermanas vestidas con trajes idénticos que había confeccionado Dorothy.

Janis pasaba los sábados con su padre, visitando la biblioteca pública Gates Memorial, un imponente edificio neoclásico que venía a ser la iglesia de Seth. «En mi casa —decía Janis con orgu-

llo— te daban un carnet de la biblioteca en cuanto aprendías a escribir tu nombre.» Janis, como su padre, aprendió a valorar los libros y demostró una precoz aptitud lectora, un don que se le reconoció al poco de que iniciara el primer curso de la etapa primaria en la cercana Tyrell Elementary School, en el otoño de 1949. Sus padres habían hecho todo lo posible para preparar a su hija mayor, con el objetivo de que llegara a convertirse en una excelente y popular estudiante de aquel acomodado colegio de Port Arthur.